

GT 21 - O que podem os Estudos Culturais no Campo da Educação? Perspectivas teóricas e caminhos investigativos

ESCUCHAR EN MEDIO DE TANTO RUIDO: MEDITACIONES PEDAGÓGICAS POR UNA ÉTICA DEL CONVERSAR

Facundo Giuliano¹

Destinatarios/as inimaginables,

En este texto-carta ponemos en juego siete pequeños ensayos escritos a partir de meditaciones pedagógicas que intentan enhebrar una ética del conversar. Esta apenas como un esbozo ejercitado a partir de un libro previo, pero que aquí se evoca como forma de reposicionar la escucha en medio de tanto ruido, más o menos académico, pero demasiado informe, burocrático, que deja lo cultural a un lado sin cuidar que se trata de archivos vivientes a la espera de más vida. Pues es el cultivo lo que al menos pueden los estudios en la educación, por más que se adjetiven, estamos en la base, suelo nativo del vivir, lugar de la lengua que se mueve inquieta y trama, lo escrito habla, dice, expone sonidos que narran tal vez. Conversar, no el diálogo como ese dualismo en torno a lo Mismo, diferencia abismal. Escuchar entrama su ética de alteridad, re-existencia comunal frente al dominio de época neoliberal.

I. Hace algunos años, cuando los libros de conversaciones no se habían puesto de moda aún, plantamos y planteamos una *ética de la conversación* (Giuliano, 2017), impensable sin una *ética de la escucha*. Ópticas singulares entramadas, no habría una sin la otra: como si el mirar de la conversación y el mirar de la escucha no pudieran separarse sin más. Resulta difícil pensar éticamente en escuchar sin tentarse a responder de algún modo, aunque esto no sea más que poner en palabras y gestos algo de alteridad. Así también sería una impostura conversar sin la afección ética de la escucha, sin ese cierto oír que incluye el mirar, el tocar y ser-tocado, el sentir pensamientos a flor de piel o a flor del lenguaje. Llegar al con-tacto, porque tocar moviliza, conmueve, expone, acaricia, insurge, subvierte, aproxima. Proximidad que no anula la distancia, del *estar* como se está, en el *contacto* que estremece como recibe el tacto sígnico de la otra. Escuchar y conversar: pasear por la intimidad mínima de cada palabra hecha gesto. Amorosa aloja hospitalaria, tediosa reclama amistad, su pronunciación puede generar la caricia, el desliz, el acompañar, educar y habilitar,

¹ Dr. en Ciencias de la Educación (UBA), IICSAL-CONICET, e-mail: facundo.giuliano@bue.edu.ar

pero también la alteración, la desolación, la confusión, la incidencia, el extravío e incluso el cansancio.

II. Con nada que decir, o nada por decirse, comienza igual *con*. Sin claridad del cuándo, dónde, quién(es). Puede haber nombres y continuar en la más íntima interioridad, con porqués difusos, paraqués vagos, haceres indecibles. Convide, con vida hay que estar nomás, no por explicar, ni comprender, apenas como transcurrir en sus más variados relieves geográficos que admite tropiezos, amorosas caídas y el deseo de que aún se puede dar lo que se nos escapa y no se deja agarrar. Lenguaje comunal, no como refugio claro de narrativas luminosas donde cada uno repite para sí y se jacta indefinidamente de su repertorio o de su capacidad para no escuchar, sino como encarnación de las huellas que dejan otras voces, otros gestos, otros rostros. Desobediencia, por decir que no se deja terminar de escribir, aún. Alejarse de las máscaras institucionales que pretenden regular y administrar como normar o destruir la conversación en ese afán sentencioso y lúgubre de voz unipersonal: “porque lo digo Yo”. Lejos de los monólogos de “yoes” que siempre están en paralelo y nunca se tocan, nunca se afectan, nunca se mueven, nunca se quiebran. Por el contrario: las conversaciones son una tensión entre los diferentes modos de pensar(se) y sentir(se), de decir(se) y escuchar(se).

III. Hay disonancias, desentendimientos, incomprensiones, afonías, improbabilidades, pérdida de argumentos, ramificaciones, preguntas de un solo lado o con dobleces, respuestas que no llegan, perplejidad antes que comprensión, temblores antes que artificios. La conversación como centro de gravedad: conjunción descarnada y árida, nada tiene que ver con retóricas de la eficiencia o con la voluntad obediente de las decisiones y las acciones forzosamente posteriores que algunos/as querrán evaluar inmediatamente; con versar bajo lo terciario que constituye y configura el acto de educar como relacional. Aunque haya quienes creen que sería aquello idílico o un intercambio equilibrado, pausado, adusto, consciente, caracterizado por la armonía de voces, de cuerpos y mentes. Pero rara vez lo sería, sino nunca. Digamos, entonces, praxis dichosa bastante inconsciente para con otro u otra: ejercitarla implica vivir y habitar el mundo en compañía, en medio de lo imposible, de alguna narración, del *mero estar* en algún comienzo que puede persistir aun en su desvanecimiento. Tampoco se trata de descuidar la mirada porque podríamos caer en el esoterismo pitagórico de la *acusmática*, ese modelo de enseñanza en el que el

maestro se mantiene oculto para quienes lo escuchan. Pero *estar a la escucha* designa un lugar desde el cual se puede conversar.

IV. Entra en juego un núcleo somático en el que se combinan lo sensorial y una tensión, una intensión siempre fallida y una atención marcadas por una movilidad singular que puede implicar una intensificación y una preocupación, una curiosidad o una inquietud. Por esto, en todo decir, que haya algún tipo de entendimiento o desentendimiento pide una escucha, un *estar* predispuesto hacia la atracción de algún signo, aunque no sea inmediatamente accesible. Resonancia, resignificación, fondo y profundidad del sentir, señal más allá del sonido, eco ambiente en la lectura y la escritura, invitación a los bordes del sentido otro. Estar orillero, de extremidad que incluye las vueltas del caracol en la oreja que aloja el oír las voces y que no siempre hablan (también escriben e inscriben). Vibración que alerta la exaltación venidera del cuerpo a partir de un roce problemático, voz, corporalidad sonora, nadie puede hablar por vos, extensión *pluriversitaria*, traslación que expone. Por eso las abuelas solían decir cuando uno llegaba a consumir la travesura: ¡*Sonaste!* Imposible eludir los sonares de la infancia, tacto que mira, mirada que palpa, desviación singular del mínimo conmoverse, sentidos que se inquietan entre sí tocándose y conjugándose en sensibles diferencias presentes o ausentes.

V. *Estesis*, el sentir, liberado da lugar a desobediencias de los principios moderno/coloniales de lo sensible. Re/sentir, re(con)mover, sentirse sentir: escucharse, mirarse, tocarse, degustarse, pensarse, alejarse o acercarse del resonar en otra parte, en un mundo y otro. Estar a la escucha, sentido y sinsentido son los marcos de la puerta o de la ventana por la que también (se) entra, umbral, acceso al eco mínimo que se expide, remite y manda obedeciendo. Ingreso a la tensión y la atención, siempre relacional, de lo dissociable e indissociable, singular plural, *material* subjetivo, significativo y *a-significativo*. Pasar, venir, pasear como el sonido que proviene y se transfiere, se dilata y se difiere, se difunde en el sitio o abre su espacialidad de resonancia, de reverberación, de resignificación. Repercusión tal vez del y en el destello, chispazo del roce inesperado que suena y arde, agujereada omnisciencia (que suena como OVNI ciencia) de lo *transversal*, versificación que atraviesa el afuera adentro y el delante detrás. Escuchar/conversar abre el espacio-tiempo en cada lugar que estamos, habitamos, vivimos, existimos. Exterioridad e interioridad del estar, apertura desde allí que es *aquí*, expresión ostensiva de lo

sensible en la presencia sonora que ataca y remite a otro. Simultaneidad de lo anterior no interior.

VI. Sentido imposible de comprender, aunque a veces se da a entender, algo insignificante como la caída de un alfiler se hace estruendo cuando el silencio aturde. Se escucha como se lee, se lee como se escucha: evocación convocante del aliento, la exhalación, la inspiración y la espiración, una posición de resonancia. Tal vez la escucha, entre conversación y su lectura, *está* por estar. Estar dispuestos y expuestos al inicio del sentir, aunque este se abra en medio del vacío. Huella que tajea, caminata de rengueo, corte en la indiferencia generalmente insensata, al mismo tiempo que a una prudencia anterior y posterior a toda puntuación significativa. Prestar atención a la tonada de las voces, como alteridad de lo dicho, como aquello que también es otra cosa que lo meramente dicho. Porque no se procura evitar ni suprimir las ambivalencias, basta con hacerlas oír allí en el pliegue de las presencias y del presente que hace o abre lo sensible como tal. Escuchar sin más, no *para* o *con vistas* a un fin o función, escuchar sin condición porque hay un sentir que confirma el estar aquí y ahora. Poner en juego la atención a lo que *me* o *te* saca de lo neutro, lo áfono, lo incoloro.

VII. Voz escribible, pintable, entonación y vocalización de graffas en trama. Más allá de la significación, cualquier texto comporta los ecos en los cuales este se hace y se abre a la pluralidad de sentidos hasta imposibles. Decir no es únicamente hablar, como hablar no sólo es significar sino también, y siempre, mostrar, más aún, dictar (como si fuera una intensificación del estar, una puesta en tensión de la presencia). Dar al decir su *tono*, su *estilo* (su tonalidad, su color, su singularidad irreductible o su efecto especial), y a la vez, por ello o en ello, ese *tenor* del decir, declamarse y exclamarse, citarse: ponerse en movimiento, llamarse, según la palabra, incitarse. La escritura de la voz, la voz de la escritura resuena no como un dato sino como una musa de los registros sensibles: sólo quisiera una escucha como hospedaje o abrazo infinito desde aquí-allí en este tercer sábado de noviembre del rudo año 2025.

Palabras clave: Escucha. Conversar. Filosofía de la educación

Referencias bibliográficas

GIULIANO, F. **Rebeliones éticas, palabras comunes: Conversaciones (filosóficas, políticas, educativas) con Judith Butler, Raúl Fornet-Betancourt, Walter Mignolo, Jacques Rancière, Slavoj Žižek.** Buenos Aires: Miño y Dávila, 2017.